

¿Existe África? (A la búsqueda de un tiempo nuevo para África)

JOSÉ CARLOS GARCÍA FAJARDO
Universidad Complutense de Madrid

«¿Puedes escuchar la soledad?», preguntó Sekerot, mientras señalaba la copa de una acacia. Los masai le llaman a la cicada Eliyio, o «Soledad» porque canta con tristeza en su árbol hasta que venimos a cobijarnos bajo ella, entonces, se tranquiliza silenciosamente en nuestra compañía.» Así me sucedió a mí. En la presencia de África, mi soledad se aquietó al fin.

ROBERT VAVRA.

«Devuélveme el porvenir y pactaremos el armisticio».

FRANCISCO ZAMORA LOBOCH¹.

Esta es la historia de un viaje al interior de uno mismo; esto es, al corazón de los pueblos de África. Porque si, en definitiva, el Sur somos todos, también nosotros somos Africanos.

NESEMU, *El fuego no se apaga*.

A punto de concluir su periplo en torno a África, Peter Marshall² buscó un sentido para sus experiencias en ese continente ya que es preciso comprender las causas de sus dificultades presentes antes de intentar considerar posibles vías de solución para las mismas. Y apuntó unas ideas que vienen a mi mente como puntos de reflexión en el viaje que realicé a veinte países del África subsahariana durante mi año sabático. Esta es la historia de un viaje al interior de uno mismo; esto es, al corazón de los pueblos de África porque si, en definitiva, el Sur somos todos, también nosotros somos africanos.

¹ Zamora, F.: *Memoria de Laberintos*, Madrid, SIAL, 1999.

² Marshall, P.: *Around Africa*, London, Simon & Shuster, 1994.

Son distintas de los estereotipos acuñados, de los lugares comunes y de las reiteradas imágenes que los medios de comunicación repiten sin cesar para adormecer nuestras conciencias y hacernos creer en un fatalismo histórico o en una predisposición racial que incapacita a los pueblos africanos para un desarrollo integral, al considerarlos, de entrada, en perenne minoría de edad: «como no saben lo que les conviene ni tienen la madurez necesaria para tomar en sus manos las riendas de su destino, siguen necesitando de la protección y tutela del hombre blanco».

El gran experto en temas africanos, Basil Davidson, afirma que «la experiencia de África, y de los pueblos africanos, es única e irremplazable». Y cita las palabras que la princesa inglesa María Luisa escribiera hace unos 75 años: «Es una tierra maravillosa. ¿Cuál es su hechizo? Se adueña de uno y, una vez que se ha sentido su poderoso influjo, nunca se puede olvidar.» En su *Historia de África*³, Davidson se enfrenta con valentía y conocimiento a lo que tantos estudiosos y amigos de los pueblos africanos denominan «el gigantesco malentendido». Confundiendo mitos y realidades, se multiplicaron leyendas que, en cierto modo, han quedado como fundamento de tantas actitudes del moderno racismo que sostiene que «los negros, por su propia naturaleza, son inferiores a los blancos», como había llegado a sospechar el filósofo escocés David Hume. Antes de seguir adelante, hay que afirmar, de una vez por todas, que el racismo es anticientífico porque parte de una premisa falsa: la aplicación a los seres humanos de la división en «razas» cuando no constituimos más que una sola raza.

Davidson recoge una serie de afirmaciones que han venido transmitiéndose sin el menor análisis crítico desde el siglo XVIII⁴. Así, el filósofo escocés David Hume añadía sin el menor conocimiento: «Nunca hubo nación civilizada de tal complejión, ni siquiera individuo alguno que sobresaliera por sus actos o especulaciones. No se dan entre ellos fabricaciones ingeniosas, ni artes, ni ciencias...» Nada menos que el gran filósofo idealista alemán Guillermo Federico Hegel llegó a escribir, en 1831, en los *Discursos a la nación alemana*: «El negro representa al hombre natural en su estado completamente salvaje e indómito. No hay nada que armonice con la humanidad en este tipo de carácter. Terreno es éste en el que abandonamos África para no volver a mencionarla; pues África no forma parte histórica del mundo.» Hegel jamás había estado en el continente africano ni había conocido a personas africanas que no fueran criados del servicio doméstico. La realidad era que éste era el lugar común para europeos y americanos que se apoyaban en la autosuficiencia de la revolución industrial que parecía ser el privilegio de los pueblos de piel blanca. Pasan por alto la inconmensurable aportación de pueblos de otros continentes al progreso de la humanidad en sus diversas civilizaciones: las riquísimas culturas chinas,

³ Davidson, B.: *Historia de África*, Barcelona, Folio, 1992.

⁴ Davidson, B.: *Let freedom come*, Boston, 1978; *La Historia empezó en África*, Barcelona, 1963; *Madre negra*, Barcelona, 1967.

hindúes, mesopotámicas, y aún de los mismos pueblos de la América precolumbina, son contadas entre las grandes aportaciones. A la incuestionable civilización egipcia, hasta hace unos años, nadie la consideraba africana sino que parecía una especie de galaxia extraterrestre.

De este modo, no es de extrañar, como veremos a lo largo de nuestro trabajo, que los primeros exploradores europeos fortaleciesen estas disparatadas ideas que perduraron hasta nuestros días, en que profesores, como el notable Ki-Zerbo en su *Historia de África*⁵, y otros muchos demostraran lo radicalmente falso de estas actitudes. Baste como muestra lo que escribía, en 1860, el famoso capitán Richard Burton: «El estudio del negro es el estudio de la mente rudimentaria del hombre. Parecería una degeneración del hombre civilizado más que un salvaje que accede al primer escalón si no fuera por su total incapacidad para mejorar. Todo indica que pertenece a una de esas razas añejadas que, sin elevarse nunca al estado de hombre, se desprenden como eslabones gastados de la gran cadena de la naturaleza animada»⁶. No se pueden decir más barbaridades ni más crueles. Son falacias sin el menor apoyo en el sentido común ni en la ciencia. Por eso, los estudiosos abordaron en los últimos cuarenta años la historia desvelada del desarrollo humano de África y del diverso talento, como señala acertada y documentadamente Davidson, con el que los blancos han considerado a los negros desde la antigüedad hasta nuestros días. Las obras de este autor, así como las del profesor Ki-Zerbo, son de obligada consulta y un verdadero regalo para el espíritu. Entre nosotros, de lengua española, son imprescindibles los formidables trabajos del profesor Ferrán Iniesta⁷.

Aún a riesgo de desmitificar a los famosos exploradores que abrieron la geografía de África a los ojos europeos en el siglo XIX, no vacilaremos en recoger las expresiones racistas y erróneas que, en gran parte, motivaron sus indudables proezas. Recordemos a sir Samuel Baker que, en 1865, expresó una opinión muy extendida en Europa refiriéndose a los pueblos dinka del alto Nilo: «son inferiores a los animales: su naturaleza no es ni tan siquiera comparable a la del noble perro... carecen de gratitud, de amor y de compasión»⁸. Los dinka son uno de los pueblos más importantes dentro del grupo nilótico. La altura media de los hombres es de 1,90, «su carácter es generoso, abierto y jovial», dice Leo Salvador que añade «todo su esfuerzo imaginativo se encuentra en los adornos masculinos y femeninos. Sin embargo, es muy rica la narrativa oral, que evoca la historia de su tribu y de sus héroes. Aprecian la familia y tienen muchos hijos»⁹. Son característicos los profundos tatuajes en torno a la cabeza a los que se someten al llegar a la pubertad como signo de valor y de capacidad de asumir el desafío de la naturaleza hostil en la que, desde hace siglos, desarrollan su vida pastoril.

⁵ Ki-Zerbo, J.: *Histoire de l'Afrique noire*, Paris, Hatier, 1978.

⁶ Burton, R.: *Zanzibar: city, island and coast*, Johnson Reprint, 1967.

⁷ Iniesta, F.: *El planeta negro*, Madrid, 1998; *Democracia y legitimidad en África*, 1999.

⁸ Baker, sir Samuel.: *The Albert Nyanza*, London, 1962.

⁹ Salvador, Leo.: *Pueblos de África*, Madrid, 1998.

Tienen profundas creencias religiosas y sostienen que la ley moral viene dada por Dios, creador del mundo, y que toda culpa contra la familia, la comunidad o la naturaleza debe ser expiada voluntariamente o recibirán un castigo. Son famosos, aparte de por su piel muy negra y porque se tiñen de rojo su rizado pelo, por la costumbre de descansar una pierna sobre otra mientras se apoyan en una lanza cuando cuidan sus ganados. Lo hemos visto también en los masais. También es característica una maza de madera dura con un mango de 80 centímetros y que sirve como arma y como objeto ritual. Es muy significativa una tradición inveterada de los dinka: en su antigua democracia ninguna familia está autorizada a poseer más bienes que los que poseían las demás familias. Como la tierra es muy pobre es preciso que alcance para los ganados de todas las personas. No se concibe la propiedad de la tierra y, al igual que sucede en el pueblo pokot que viven en tierras de Kenia, sus leyes están asentadas más en la idea de compensación que en la de retribución¹⁰.

Es, pues, preciso distinguir los descubrimientos geográficos y científicos de las tendenciosas afirmaciones sociológicas y culturales que nacían de la ignorancia acerca de las culturas de los pueblos africanos y de los prejuicios que se apoyaban en el imperialismo que los animaba y sostenía¹¹. No fue así cuando emprendieron la conquista de la India o de la China o de Camboya o de Tailandia o de Laos o de Malasia o de Mesopotamia o de Egipto, por no citar más que unos cuantos casos bien notorios. Pero es inadmisibles que, todavía en nuestro siglo, se sustenten teorías apoyadas en prejuicios desmontados por los datos de la historia, de la fenomenología, de la sociología, de la antropología y de tantas otras ciencias que hoy es inadmisibles ignorar. Y si esos prejuicios informaron actitudes perversas, la razón y la justicia obligan a reparar afirmaciones que informan conductas racistas inadmisibles y muy dañinas.

Este sofisma está en la base de todos los documentos que trataron de explicar la conquista, la cristianización, la civilización europea, la colonización y los protectorados de esos pueblos sin distinguir ni respetar sus señas de identidad, su historia, sus culturas, ni el medio en el que desarrollaron sus vidas. Los dominadores-protectores (como se vio en la Conferencia de Berlín 1884-85) partieron de sus intereses económicos y estratégicos haciendo caso omiso de la realidad de esos pueblos, a los que saquearon y explotaron bajo diversas figuras seudojurídicas, pero encubiertos bajo las expresiones de «filantropía, misión civilizadora, cristianización y apertura de mercados»¹².

Partimos del hecho, ya admitido, de que las dificultades presentes: regímenes dictatoriales, militarismo, corrupción en los cuadros, crisis económica,

¹⁰ Abeles, M.: *Age, pouvoir et société en Afrique Noire*, Paris, 1985.

¹¹ Senghor, L.: *Los fundamentos de la africanidad*, Bilbao, 1972; Rodney, W.: *How Europe underdeveloped Africa*, Nairobi, 1995; Stanley, H.: *Through the Dark Continent*, New York, 1969; Cheik Anta Diop.: *Nations Nègres et Culture*, Paris, 1955, *L'unité culturelle de l'Afrique noire*, Paris, 1960; *L'Afrique noire precoloniale*, Paris, 1962.

¹² Pakenham, T.: *The Scramble for Africa*, New York, 1991; James, L.: *The rise and fall of British Empire*, London 1994; Hampaté Bâ.: *Aspects de la civilisation africaine*, Paris, 1972.

guerras civiles y desastre ecológico, tienen su origen, en gran parte, en los años del colonialismo europeo¹³. Y en la precipitada y forzada independencia de muchos de los nuevos Estados, a veces, en contra de la razón, de la evidencia y de la historia. La consideración de África como un salvaje y oscuro continente, en el que la vida es peligrosa, embrutecedora y muy corta, es un mito montado por los primeros colonizadores y exploradores, así como por no pocos misioneros (léanse las cartas de los franciscanos desde Costa de Marfil en el siglo XVIII), para justificar su dominio. Lo que los invasores extranjeros denunciaron como superstición, embrutecimiento e ignorancia, magia negra y ritos demoníacos, es considerado hoy por los expertos en sociología, en fenomenología de las religiones y en antropología, como sistemas muy coherentes y, en muchos casos, avanzados en relación con las culturas donde se desarrollaron y en el medio donde expresaron su diálogo con la realidad cósmica¹⁴.

En un mundo en el que los recursos son limitados y la lucha por la subsistencia tiene que tener en cuenta las necesidades del medio ambiente, era práctica común el no tomar más que lo necesario y tratar de restaurar la armonía de la naturaleza. Lo que, para Occidente, fue una evolución en la concepción de la justicia, el «ojo por ojo y diente por diente», en la sociedad masai, y en otras muchas de larga tradición en África, la justicia no se basaba jamás en la venganza, sino en la restauración de la armonía social vulnerada por el delito¹⁵. De ahí que los ancianos buscaran siempre una reparación en especie, cabezas de ganado, por ejemplo, o en una prestación comunitaria en otros pueblos, siendo rara la aplicación de la pena de muerte. Es muy elocuente, a este respecto, una máxima de los bamba, de Zambia: «Es bueno encontrar un panal de abejas en la selva, y aún es mejor encontrar dos; pero si encuentras tres, eso es brujería». Y la comunidad lo castigaba por su codicia porque entendían que si has encontrado dos panales y sigues buscando y te apoderas del contenido de un tercero, apropiándote de la miel que correspondería a otra persona, ya no actúas con un corazón puro. A eso, en su lenguaje tradicional denominaban brujería.

Es falsa la generalización de que, en las sociedades africanas precoloniales, sólo imperaba el caciquismo, el sometimiento al jefe de la tribu o al rey. El mismo concepto, tan absurdamente generalizado, de «tribalismo» hoy se toma con mucha más prudencia y acercamiento a la realidad que conoció instancias superiores y anteriores a la tribu, término más bien acuñado por los colonizadores para esconder su ignorancia de las lenguas, de las creencias y de los códigos de conducta de unas sociedades, a veces, muy evolucionadas con controles y equilibrios de poder para controlar al ejecutivo. La participación

¹³ Dumont, R.: *África negra ha empezado mal*, Barcelona, 1966; Fanon, F.: *Pour la révolution africaine*, Paris, 1969; Kourouma, Ahmadou.: *Les soleils des independances*, Paris, 1970.

¹⁴ Mbiti, J.: *African religions and philosophy*, London, 1990; Temples, P.: *Bantu philosophy*, Paris, 1969; Eboussi-Boulaga.: *La crise du Montu. Authenticité africaine et Philosophie*, Paris, 1977.

¹⁵ Obenga, T.: *L'Afrique dans l'Antiquité*, Paris, 1973; Konaré, O.: *La noción de poder en el África tradicional*, Barcelona, 1983; Mérand, P.: *La vie quotidienne en Afrique*, Paris, 1989; Moravia, A.: *Países por África*, Madrid, 1988.

popular en la toma de decisiones era más grande de lo que se ha dicho. Los jefes rendían cuentas y podían ser depuestos y sancionados con arreglo a códigos establecidos¹⁶. En general, por tribu se entiende un grupo de personas o familias que hablan una misma lengua, reconocen un ancestro común y están unidas por relaciones de parentesco, aunque a veces, sea preceptivo buscar esposa en otro clan para mantener un sólido entramado de alianzas. Como sucede con los fang que es uno de los grupos bantúes más fuertes y de los más numerosos pues superan los veinticinco millones de personas extendidos por Camerún, Guinea Ecuatorial y norte de Gabón.

Si, metodológicamente, es útil clasificar a los pueblos africanos por sus troncos comunes en bantúes, nilóticos o sudaneses hay que señalar que el mestizaje ha sido continuo durante siglos y que, unos y otros, se han influido y enriquecido mutuamente. Podemos intentar seguirlo por la vía del lenguaje, de los rasgos físicos, de las tradiciones religiosas y de las costumbres pero siempre abiertos a las múltiples influencias porque no existen etnias puras ni, por supuesto, una única raza negra. Partimos de que en el continente africano se encuentran los negroides (pigmeos), los bosquimanos y hotentotes (o grupos de habla «klik» por el chasquido linguo-palatal que emiten al hablar), los camitas (que penetraron desde el Este y se distinguen: libios, beréberes y tuaregs, por un lado; y egipcios, amhara y somalíes, por otro), los semitas (árabes que penetraron como conquistadores a partir del siglo VII) y aparte de asiáticos y europeos, Leo Salvador habla de los dos grandes grupos de negros: los negros y los nilo-camitas¹⁷.

Los calificados como negros son los que representan la mayor pureza en las características de la denominada raza negra que se dividen en dos grandes grupos: los negros sudaneses que ocupan la franja subsahariana que va del Atlántico al Mar Rojo (malinké, wolof, hausa, senufo, dogón, sara, bambara, azande y mangbetu; los pueblos árabes y beréberes mezclados con ellos dieron lugar a los peul y a los shongay) y los negros guineanos que se extienden a lo largo de la costa desde Guinea al Congo (kissi, bassari, yoruba, ewí, ibo y ashanti).

Luego están los nilo-camitas que son el resultado de la mezcla entre unos y otros. Se dividen en tres grandes grupos: nilóticos (dinka, acholi, nuba, shiluk, nuer y batutsi), nilo-camitas (masai, turkana, samburu, borana, rendile, pokót y karimoyón) y negro-camitas o bantúes que es el grupo más numeroso y más difundido por todo el continente que superan el centenar de millones y entre los que destacan los fang, luba, bamba, bahutu, meru, kikuyu, zulú, shona, xhosa, ndebele, sotho macua, makonde y herero, entre otros muchos.

Sólo quisiera señalar que cualquier simplificación es impertinente y fuente de toda clase de errores y de injusticias pero que estoy de acuerdo con los mo-

¹⁶ Mbuyi Kabunda.: *El dinamismo de la sociedad civil*, Barcelona, 1999; Camara, L.: *Kuma lafôlo kuma: le maître de la parole*, Paris, 1980.

¹⁷ Salvador, L.: *O. c.*

dermos africanistas cuando destacan unos elementos culturales muy característicos que es preciso tener presentes al proceder a cualquier clasificación: un estrecho contacto con la naturaleza. Viven en armonía con ella y no son esclavos de la técnica. Supremacía de lo social y comunitario frente al interés individual. Expresión oral, que tiene como instrumento principal la palabra y por archivo la memoria. Sentido de lo sacro. Sus tradiciones reflejan una visión religiosa del mundo. Junto a esto, yo añadiría una natural sensualidad junto a un sentido del ritmo innato y una alegría que se expresa con la misma espontaneidad que las demás emociones.

El sistema de tribus de diferentes etnias fue fomentado por los colonizadores para oponer unos pueblos contra otros y poder dominarlos mejor¹⁸. Este proceso lo hemos visto hasta nuestros días culminado en el apartheid de Sudáfrica¹⁹ y en las matanzas étnicas de Ruanda, Burundi, Uganda y Zaire²⁰; sin olvidar los enfrentamientos de otros pueblos bajo la égida de señores de la guerra sostenidos o abandonados, según su utilidad del momento, por las potencias, hoy empresariales, que sustituyeron a las metrópolis en el trabajo sucio de mantener sus intereses. Como el general De Gaulle conminó a sus gobiernos, Inglaterra y Bélgica a los suyos y Portugal habría de hacer para mantener su tiranía y explotación de tierra calcinada casi hasta finales de este siglo. Hoy mismo podemos seguir con claridad meridiana la línea de intereses de las grandes compañías como Elf Aquitaine, Angloamerican, Chevron, Shell, Total y Gulf con sólo seguir la cadencia de los conflictos que no vacilan en anunciarnos. Kabila negoció con los representantes de las grandes compañías diamantíferas, de minerales y de hidrocarburos sudafricanas y off-shore cuando todavía estaba en Lubumbashi, en Katanga, y carecía de personalidad jurídica y de titularidad política para obligar y comprometer a un país en el que no era más que el jefe de una facción rebelde. Las hemerotecas y videotecas están frescas con las pruebas de esta mascarada sostenida por las grandes potencias y cuya ilegitimidad no se atrevieron a denunciar ni las Naciones Unidas²¹. En la última década del siglo xx estamos asistiendo a genocidios y a crímenes de guerra con la complacencia y ayuda de los heraldos mundiales de la justicia y del derecho. Rusia, China y las dictaduras del socialismo real son tan culpables como las democracias occidentales por su silencio criminal y responsable... para conseguir que no se investiguen sus sistemáticos ataques a los derechos humanos. Es ese un mercado de influencias en el que los «activos» son silencios mutuos e intercambiables.

Fue el comercio de esclavos el que rompió y destrozó la mayoría de estas tradiciones, y proporcionó rifles y ambición para sostener el poder de jefes co-

¹⁸ Cesaire, A.: *Discours sur le colonialisme*, Paris, 1955; Cendraiz, B.: *Cahier d'un retour au pays natal*, Paris.

¹⁹ Mandela, N.: *Long walk to freedom*, London, 1994.

²⁰ Mbuyi Kabunda.: *El nuevo conflicto del Congo*, Madrid, 1999.

²¹ Sami Nair: *África subsahariana. Balance de una descolonización inacabada*, Madrid, 1999; Ramonet, I.: *Geopolítica del caos*, Madrid, 1999; Ndongo-Bidyogo, D.: *Conflictos en África*, Barcelona, 1999.

diciosos que entablaron guerras de exterminio con sus vecinos. La esclavitud era conocida en el mundo entero (China, India, Mesopotamia, Egipto, Grecia, Roma etc.) pero, en gran escala y como medio de enriquecimiento a costa de sistemáticos genocidios, fue introducida por los árabes musulmanes en el Este índico, a través de las actuales Kenia y Tanzania; y por los europeos cristianos en el Oeste atlántico, a través de Senegal, la Costa de Oro llamada también «Costa de los Esclavos» (Ghana, Togo, Benin) y Camerún, Congo y Angola²².

La misión de los colonizadores y el argumento clave, aún de misioneros y de exploradores tan humanitarios como Livingstone y John Kirk, eran las famosas tres Ces: «Civilización, Cristianismo y Comercio» que desposeyeron a los pueblos africanos de sus tierras y de sus ancestrales medios de subsistencia, con los cuales se desenvolvían sin hambres ni explotaciones masivas sino con una economía basada en la agricultura, en la ganadería, en la artesanía y en formas de comercio adecuadas a sus necesidades. (Otros las denominan «Las tres M»: Misión, Militar y Mercaderes). También los desarraigaron de sus culturas, de su historia y de sus tradiciones. Los colonizadores blancos los consideraron, en palabras de Kipling «vuestras nuevas presas, pueblos desgraciados, mitad demonios y mitad chiquillos»... «criaturas inferiores «que precisaban ser civilizadas por el hombre blanco. Esta era la famosa «dura carga del hombre blanco»²³.

Por eso, para que pudieran ser civilizados los expulsaron de la selva, los agruparon en poblados artificiales y luego en ciudades, según las necesidades del comercio, de las minas y de la industria de los colonos. Y les arrancaron la lengua ancestral, les pusieron extraños vestidos encima y les impusieron una mentalidad más extraña todavía que pertenecía al mundo de los invasores y que chocaba con sus seculares tradiciones produciendo desarraigos de incalculables consecuencias. Mentalidad trucada y traicionada, por supuesto, pues la falta de moral con que actuaron estaba en completa contradicción con las ideas que les predicaban. Como había de decir, años más tarde, Jomo Kenyatta: «Ellos vinieron con la Biblia y nosotros teníamos las tierras. Ahora nosotros tenemos la Biblia y ellos se quedaron con nuestras tierras»²⁴.

Utilizaron a los nativos, sin consultarlos previamente, para luchar en defensa de los intereses de los conquistadores como carne de cañón en las dos Guerras Mundiales. Lucharon y murieron de frío en espantosos frentes europeos y orientales utilizados muchas veces como porteadores. Así están inmortalizados en el monumento al Askari en una plaza de Dar Es Salaam, en el que puede leerse: «A la memoria de los nativos de las tropas africanas que combatieron: A los porteadores que fueron las manos y los pies del Ejército: Y a todos

²² Davidson, B.: *The African slave trade*, USA, 1991; Ki-Zerbo, Devise, J., y M'Bow, A.: *La traite négrière du XVII au XIX siècle. Paroxysme et recul*, Paris, 1967; Ki-Zerbo.: *L'économie de traite en Afrique Noire ou le pillage organisé*, Paris, 1977.

²³ Davidson, B.: *O. c.*

²⁴ Kenyatta, Jomo.: *Facing Mount Kenya*, Nairobi, 1995.

los demás hombres que sirvieron y murieron por su rey y por su país en África del Este durante la Gran Guerra 1914-1918. Si has luchado por tu país, aunque hubieras muerto, tus hijos recordarán tu nombre». Pues qué bien, antes los obligaban a ser portadores de colmillos de elefante, de oro, de aceite de palma, de ébano... después, cavaron en las minas de Sudáfrica (hasta hace poco, cerca de un millón de mozambiqueños tenían que pasar la frontera para trabajar por un salario de miseria so pena de que el gobierno racista de Sudáfrica dejase de enviar mercancías a través del puerto de Maputo, colapsando así la frágil economía colonialista portuguesa). Ahora los recordaban por haber muerto luchando por «su» Rey y por «su» país... Inglaterra.

No hay que olvidar que las sangrientas guerras civiles de Angola y de Mozambique han estado auspiciadas y sostenidas por los antiguos colonos portugueses que se instalaron en Sudáfrica en espera de regresar a sus antiguos dominios²⁵. Así parece ser ahora el caso cuando han ayudado a abortar las posibilidades que tenían de salir adelante los regímenes de las nuevas naciones independientes, una vez corregidos los errores de la natural deriva que todo proceso de independencia, en todas las naciones del mundo, ha llevado consigo. ¡Qué pronto olvidamos las luchas y largas peripecias, no pocas veces sangrientas, de naciones europeas, americanas y asiáticas en su lucha por la independencia y por su asentamiento como estados soberanos! El estudio del proceso de independencia de la nación norteamericana, no hace siquiera dos siglos, está lleno de sugerencias. Alemania e Italia son de ayer, y no digamos Japón y los milagrosos Estados dragón asiáticos que son de hoy por la mañana y ya nos muestran la corrupción sobre la que se asentó el falso «milagro económico de su desarrollo». A las jóvenes naciones africanas no se las preparó para la independencia; antes bien, se las mantuvo en completa dependencia de los poderes económicos y militares de las antiguas metrópolis²⁶.

Pero en esas guerras ajenas, a las que los llevaron para defender intereses que ni entendían ni les afectaban, vieron correr a los blancos ante las armas de sus enemigos y no lo olvidaron cuando les llegó la hora de hacerse ellos con armas similares. Por eso, sus dominadores se apresuraron a encorsetarlos en los rígidos esquemas del Estado-Nación, con una burocracia al servicio del poder centralizado, con un ejército de aluvión y corrompido por los mismos que siguieron vendiéndoles armas y controlando su economía, montada, no de acuerdo con sus realidades y sus necesidades, sino con las necesidades e intereses de las antiguas metrópolis. Ahora, éstas actuaban por medio de compañías anónimas cuyos intereses coincidían con los del antiguo poder dominante.

Si cabe expresarlo así: con las independencias construidas de semejante forma, con tan onerosas servidumbres que los llevaron a endeudarse sin cesar has-

²⁵ Nyerere, J.: *Obras completas*, Dar es Salaam, 1968; Wade, A.: *Un destin pour l'afrique*, Paris, 1989; Sekou Touré: *L'Afrique et la réevolution*, Paris, 1977.

²⁶ Sami Nair: *El norte visto desde el sur*, Madrid, 1999; Rodney, W.: *O. c.*; Fanon, F.: *Peau noire masques blancs*, Paris, 1995.

ta límites insoportables, y sin que los beneficios de ese endeudamiento revirtiesen en el pueblo, la situación de los pueblos antes colonizados y hoy amalgamados entre fronteras monstruosas que ni reflejaban las regiones naturales ni las culturas tradicionales, fue todavía más penosa que en tiempos de la colonización, ¡que ya es decir! Porque, entonces, el colono procuraba que no perecieran, aunque sólo fuera para que siguieran produciendo para la metrópoli. No hay más que comprobar las guerras que hubo durante la colonia y las matanzas de exterminio que han seguido y continúan en estos momentos ante la indiferencia mundial que trata de salvar la cara con esporádicas ayudas en forma de créditos FAD (fondos de ayuda al desarrollo) que crean dependencias atroces y dan lugar a una corrupción cada vez más institucionalizada²⁷.

En la lucha por la modernización de las nuevas naciones se encontraron con que los antiguos colonos no habían preparado suficientes cuadros, médicos, ingenieros, maestros, enfermeros, que sostuvieran el andamiaje de los nacientes estados. Las cifras de personal cualificado entre los naturales de cada país, en el momento de la independencia, es tan escandalosamente reducido o inexistente que la historia debería pedir cuentas de este delito de omisión culpable a esas potencias que se proclamaron «protectoras, tuteladoras y filantrópicas responsables del desarrollo y civilización de esos pueblos», puestos no pocas veces bajo su tutela por los Organismos internacionales. De ese delito nadie ha osado pedir cuentas a las potencias que dominaron, hasta hace unas décadas, a centenares de millones de seres humanos mientras se apropiaban hasta la extenuación de las riquezas agrícolas y madereras, mineras y humanas de esos países. ¿Qué ocurrió? Pues que, en la euforia de la independencia, los líderes africanos creyeron que el entusiasmo supliría las deficiencias y prometieron educación, sanidad, bienestar y trabajo para todos... por medio de revoluciones llenas de idealismo en busca de una Utopía que no fue posible por lo desproporcionado del empeño, la carencia de medios, la sangría de la deuda incesante, la falta de personal preparado, la dependencia de la antigua metrópoli que sólo se había preocupado de explotar las materias primas sin cuidar de su manufacturación en el propio país, la dependencia también en el transporte y en los canales de comercialización, los gastos sociales, la reconversión de la economía... y la presión de intereses foráneos que no deseaban naciones autónomas sino dependientes por todos los medios, aún los más corruptos y envilecidos de las ventas de armas y de las guerras «de diseño»²⁸.

No fue posible la independencia sin traumas, no fue posible la paz, pero ahí queda el esfuerzo de titanes de la independencia y de la autonomía y de la unidad africana como Kwame N'Krumah (Ghana), Leopoldo Sedar Senghor (Senegal), Thomas Sankara²⁹ (Burkina Fasso), Jomo Kenyatta (Kenya), Kenneth

²⁷ Ellis, S.: *L'Afrique maintenant*, Paris, 1995.

²⁸ Hancock, G.: *Lords of Poverty*, London, 1996; Chomsky, Noam: *La sociedad global*, Madrid, 1997.

²⁹ Jaffre, B.: *Biographie de Thomas Sankara*, Paris, 1997.

Kaunda (Zambia), Nelson Mandela (Sudáfrica), Patricio Lumumba (Congo), Samora Michel (Mozambique), Agostinho Neto (Angola), Amílcar Cabral (Guinea Bissau), Silvanus Olimpio (Togo) y el mismo Sékou Touré (Guinea Conkry) en sus principios, de Julius Nyerere (Tanzania) cuyos escritos y discursos³⁰, cuyo esfuerzo ciclópeo, aguardan tiempos más serenos para ser estudiados y ponderados en toda su grandeza. No es posible que hombres tan grandes y tan entregados a la causa del entendimiento entre los pueblos de África hayan podido engañarse de tal manera. Todavía luce con serenidad y fuerza la luz de ese gran africano que vive en Tanzania, como ejemplo de honradez y de entrega desinteresada, me refiero a Mwalimu Julius Nyerere, «la conciencia del África Negra», a quien la historia debe reconocer la grandeza de su esfuerzo y pedirle la reflexión de su experiencia antes de que sea demasiado tarde.

Pero cambiar de amo no significa ser libre. Los nuevos dirigentes que se hicieron con el poder se formaron en las escuelas de los antiguos colonos, tanto en occidente como en los países del área comunista. Tuvieron que conducir un vehículo con instrumentos inadecuados, acabaron labrándose sus personales fortunas y las de sus allegados, se fomentó el tribalismo y muchos actuaron como hombres de paja y testaferros de intereses extranjeros. Los improvisados gobiernos fueron reemplazados por dictaduras militares y casi todos pasaron por la experiencia del nefasto partido único.

La crisis económica se abatió sobre los pueblos de África con una precisión calculada. El Estado-nación no aportó, con la liberación, la anhelada sociedad con igualdad de oportunidades para todos³¹. El sistema falló, el modelo no era el adecuado, las ciudades crecieron de manera monstruosa con la secuela del paro, la criminalidad y la desesperanza. La agricultura no se desarrolló adecuadamente, ni se industrializaron los países de acuerdo con sus prioridades, la educación se resintió y la sanidad conoció sus horas más bajas. El sistema económico mundial mantuvo al continente africano como una reserva y fuente de aprovisionamiento de las materias primas que seguía necesitando para mantener su consumidor modelo de desarrollo, paranoicamente presentado por el llamado «Primer Mundo» como panacea a imitar. Sin reconocer la evidencia de que si sobrevive es gracias a la explotación de los recursos del mal llamado «Tercer Mundo», o los denominados «países en vías de desarrollo»³².

Desde el punto de vista de los mercados financieros, África no existe. Es un perdedor continuo, su deuda no hace más que incrementarse y el servicio de la misma ya cubre más que el producto interior bruto de muchos países. Es una locura colectiva, un absurdo que va en una espiral imparable de deterioro, enajenación y muerte. Las guerras se suceden, los golpes de estado y los exterminios de centenares de millares de seres humanos, se muestran sin recato ante la

³⁰ Cfr Nyerere, J.: *Obras completas*, Dar es Salaam, 1968.

³¹ Gray, J.: *False dawn: the delusions of false capitalism*, London, 1998; Leymarie, Ph.: *La deriva del continente africano*, Madrid, 1999.

³² Ramonet, I.: *Un mundo sin rumbo*, Madrid, 1997; *Geopolítica del caos*, Madrid, 1999.

opinión pública a través de los medios de comunicación. La conclusión que deducen, y a la que inducen, es que «son salvajes, no están preparados, necesitan ayuda, no sirven para la democracia, estos bárbaros son una amenaza para la seguridad del imperio del Norte...»

Quizá la noche haya llegado a la mitad de su curso y, en el colmo del abatimiento, se encuentre la luz de un nuevo amanecer para esos pueblos de África ricos en seres humanos, en culturas y en tradiciones, en lenguas y en arte, en sabiduría y en riquezas naturales. África es uno de los continentes más prometedores del mundo y con mayores reservas de todo tipo, aún con los anacrónicos criterios de la industrialización occidental que está llegando a su ocaso. En sus propias entrañas está la esperanza de ese continente con la más variada geografía y con los pueblos más ricos y plurales del mundo³³. Ya no pueden sus líderes seguir culpando a los antiguos colonizadores. Ellos, los africanos de hoy, son los responsables de su propio futuro. El Renacimiento no terminó con el ocaso de la Edad Media, sus hombres tuvieron que imaginar una nueva sociedad con instrumentos nuevos. La Edad Moderna no concluyó con el derribo del Antiguo Régimen, mediante la necesaria Revolución, fueron precisos denodados esfuerzos para inventar y diseñar el futuro, adaptarse a las nuevas necesidades, crear odres nuevos para el vino nuevo. La Revolución industrial, como antes la agraria, no transformó la sociedad sin el concurso esforzado de ésta y con no pocas penas y errores y guerras, con no pocas fantasías rotas, utopías abortadas y corrupción de los propios libertadores. La enseñanza de la historia de los pueblos más evolucionados, equilibrados y progresistas se construyó sobre mucho esfuerzo y muchas más vicisitudes que las de la reciente historia africana en apenas un siglo.

Hay lugar para la esperanza, es posible el resurgimiento de una sociedad en marcha, plural y rica, dinámica y apoyada en lo mejor de sus tradiciones y de sus valores. No se trata de un salto en el vacío ni de imitar estérilmente a otros pueblos y a otras sociedades. Se trata de emprender un viaje a la propia esencia de África misma, e inventar sociedades nuevas en un mundo irremediable y espléndidamente nuevo. Hoy, en el alborar de la globalización o mundialización en tantos órdenes, y con los instrumentos técnicos más fabulosos puestos al servicio de los hombres y de los pueblos, es factible la esperanza cierta de un mañana mejor que ya está en nosotros. El arte está en caer en la cuenta, en despertar y en ser consecuentes³⁴.

Ahora bien, reconocido el pesado legado que ha dejado el colonialismo y la tremenda carga del neocolonialismo enmascarado en ideologías neoliberales, no cabe duda que los actuales dirigentes africanos deben asumir la cota de responsabilidad ineludible que les corresponde. Muchos de esos países nuevos han alcanzado la independencia hace más de treinta años. A condición de ahondar en su creativo y rico pasado, podrán diseñar un futuro imaginativo y plural sin

³³ Kissangou, I.: *Une Afrique, une espoir*, Paris, 1996.

³⁴ Ela, Jean Marc: *Los caminos del afrorrenacimiento*, Madrid, 1999.

olvidar lo que de positivo hayan podido salvar de sus experiencias pasadas. Nunca se sufre en vano y toda vivencia puede enriquecer, aunque sólo sea para recordarnos por dónde no debemos caminar de nuevo.

Hay que tener el valor de reconocer que el fracaso del Estado-nación en África puede convertirse en algo positivo. Al fin y al cabo, esta forma de agrupamiento y de expresión social no tiene más que cuatro siglos y, en muchos países modernos, ni tan siquiera un centenar de años. ¿Qué es eso en una historia diez veces milenaria? En Europa ya asistimos a la superación del Estado-nación sin atrevernos a reconocerlo de una vez y plasmarlo en formas institucionales nuevas. Porque todavía sentimos miedo a lo desconocido nos aferramos a instituciones ya caducas y superadas por las nuevas tecnologías, los nuevos sistemas de globalización en tantos órdenes que exigen un orden nuevo y plural adaptado a las realidades, no de cada nación, sino de entidades regionales o de áreas geográficas federadas, descentralizadas y con principios de participación popular y de ayuda mutua nuevos que superen, entre otros, los anacronismos de los partidos políticos, de los sindicatos y de tantos grupos de presión al uso. Como dice Robert D. Kaplam «Cuando algunas naciones se están retirando para refugiarse en un nacionalismo que es casi como una fortaleza, esto es sólo un estadio temporal antes de que la marea mundial de la población y la pobreza nos fuerce a todos a darnos cuenta de que habitamos una sola Tierra que cada vez se hace más pequeña y más densamente poblada»³⁵. Hay creencias religiosas expresadas de forma obsoleta, hay instituciones sociales, académicas y culturales que se han convertido en andamiajes de cartón piedra. Es preciso asumir la enseñanza del pasado sin temor a convertirnos en estatuas de sal. Sólo debemos mirar hacia atrás para aprender, sopesar, decantar y quedarnos con lo bueno; y tomar impulso para el inaplazable salto hacia adelante, hacia un futuro que nos pertenece desde siempre. «No daremos un paso atrás ni para tomar impulso», como dice un conocido líder político de nuestros días.

Existen aspectos muy positivos en la solidaridad, en la responsabilidad colectiva, en la autoayuda y en la conciencia de interdependencia entre pueblos, regiones y continentes. El mundo se ha convertido, en verdad, en una aldea global en la que todos nos sabemos relacionados. No es cuestión de una nueva civilización, ni de una nueva edad en la historia: se trata de una mutación que nos hace protagonistas responsables en el alborear de una nueva era. Al igual que sucedió hacia el siglo x y hacia el v antes de Cristo, o al comienzo de nuestra Era. Si queremos, es como un nuevo Renacimiento en el que tomamos conciencia de que todo es nuevo pero que se apoya, es evidente, en el legado irrenunciable de la Historia. Pero que, en lugar de atarnos, nos impulsa y nos conmueve de manera eficaz y creadora. El problema de toda realidad nueva es que sólo se percibe con la perspectiva que da la distancia. Vivimos ya en una nueva era y, al estar inmersos en ella, nos es imposible definirla porque no la

³⁵ Kaplam, R.: *The Ends of the Earth*, London, 1996.

podemos abarcar. Fue en el Renacimiento, y en plena Ilustración, cuando se formuló la teoría del feudalismo como fenómenos socio-políticos. En la Edad Media, lo vivieron pero no pudieron considerarlo como un sistema. En los comienzos de la Revolución Industrial se tildaba de utópicos a quienes intuyeron una mejora en las condiciones de trabajo transformadas por las nuevas máquinas. La Revolución francesa engendró al mayor de los déspotas de su historia porque le era imposible digerir y procesar, diríamos ahora, tanta información. Actualmente, estamos viviendo uno de los momentos estelares de la humanidad con la revolución informática, superior infinitamente a las conquistas nucleares que parecieron ahogarnos hace unas décadas; y nuestros hijos se preguntarán, antes de diez años, cómo hemos podido mantener el actual estado de cosas en la injusticia, la guerra, el hambre, la explotación, la contaminación y el casi suicidio colectivo, cuando ya poseemos los instrumentos que nos dan la información necesaria para asumir que estamos ante una mutación y que es preciso actuar en consecuencia. El mundo se nos ha quedado tan pequeño que todos somos vecinos y, como anunció el joven rabino de Nazareth, es más que probable que todos seamos hermanos.

Por supuesto que el concepto de frontera, tal y como se definió en la Edad Moderna y que, para los pueblos de África, se impuso con la colonización y cristalizó con las diversas independencias, ya no se puede sostener. Está superado por la realidad de las comunicaciones, de los transportes, de la conciencia de comunidad de lengua, de tradiciones, de culturas y de modos de entender y de concebir la existencia y la convivencia³⁶. Cabe, y se impone, la unidad en la diversidad, en la riqueza de la pluralidad universal. Es posible imaginar, porque existen en la realidad, múltiples sociedades relacionadas por vínculos de comunión y de solidaridad complementaria.

Es inaplazable la maduración con criterios endógenos, crecimientos sostenibles, una producción equilibrada y la cooperación globalizada. ¿Qué significado tiene mantener Estados-nación artificiales, con fronteras absurdas que engloban a pueblos antagónicos mientras dividen a comunidades de tradición secular? Hay pueblos como los peul, los hausas, los tuaregs, los diulá, los ashantis, los ewé, los malinké, los beréberes, los fang y muchos otros que están divididos entre varios Estados³⁷. ¿Qué sentido de patria o de nación y, por lo tanto, de lealtad puede exigírseles? No se trata de imponer los criterios étnicos si son excluyentes, sino de afirmar lo que une dentro de la diversidad y del respeto a las señas de identidad de los diversos componentes de las comunidades. Lo que hay que superar son las divisiones y las demarcaciones que se llevaron a cabo por criterios de prepotencia, de dominio, de explotación y que se impusieron por la fuerza de las armas o de la extorsión. Ahí están las Actas de las Conferencias y de los Congresos Internacionales que figuran como partidas de nacimiento de Estados contra natura, y cuya sustitución por otras formas de

³⁶ Brie, Ch.: *Recetas para el desarrollo virtual de África*, Madrid, 1999.

³⁷ Maliki, A.: *Bonheur et souffrance chez les Peuls nomades*, Paris, 1995.

convivencia se llevará a cabo de manera tan natural como se asumió el descubrimiento de América o la circunnavegación de la Tierra, la circulación de la sangre o el descubrimiento del inconsciente.

Lo que urge es que África sea realmente autosuficiente para alimentar a sus casi 750 millones de habitantes, artificialmente divididos en 53 estados. Acometer de manera racional, responsable y de acuerdo con sus más profundas tradiciones, el desafío de una explosión demográfica producida, en gran parte, por las mejoras que las nuevas tecnologías, en medicina y en otras ciencias, han introducido en los ciclos naturales de las poblaciones. Ese aspecto positivo de la prevención, la profilaxis, las vacunas masivas de niños y de adultos han de ir acompañadas de una toma de conciencia acerca de la paternidad y la maternidad responsables para restablecer el equilibrio en la naturaleza. Sólo desde la ignorancia, desde la inconsciencia, o desde el interés bastardo para sostener mayorías numéricas de determinados grupos de población, se puede sostener el absurdo de que «cuantos más hijos mejor». Esa práctica fue necesaria en economías de subsistencia en las que los brazos para trabajar eran necesarios, así como para compensar la elevada mortalidad infantil y la necesidad de procurarse sostenes para la vejez. La historia más reciente demuestra que en la medida en que la mujer accede a la educación y desempeña puestos retribuidos de trabajo se estabiliza la temida explosión demográfica³⁸.

Hoy día, es posible acometer esos frentes con una programación de la agricultura, ayudados por instrumentos que facilitan el trabajo de los seres humanos; los avances en veterinaria y en la economía agropecuaria disminuyen las exigencias de pastoreos extensivos en nomadeos que dependían exclusivamente del régimen de lluvias y de la suerte en cuanto a plagas y epidemias; los cuidados a los niños, la prevención de enfermedades y las posibilidades de extensión de la cobertura sanitaria a capas cada vez más amplias de la población. Así como la necesaria protección de los ancianos, hace necesario ser consecuentes en el planteamiento tradicional de la familia acomodándolo a las exigencias actuales. No se puede avanzar en una sola dirección, so pena de producir entidades monstruosas. El crecimiento de la población en el continente africano, un tres por ciento, es uno de los más elevados del mundo. Es imposible seguir manteniendo la actual incongruencia de que el continente con más posibilidades agropecuarias y piscícolas del mundo tenga que seguir importando alimentos para uno de cada cinco habitantes³⁹.

Lo que hay que hacer es reconvertir la agricultura, la ganadería y la industria de la pesca para dejar de producir las materias primas que interesan a los países del Norte pagadas a precios impuestos, discriminatorios y, muchas veces, con excedentes de producción de los países industrializados. Hay que organizar el autoabastecimiento alimentario de los pueblos de las diversas regiones de África con una economía interdependiente, global, equilibrada y solidaria; al

³⁸ Donu Koghara.: *Mujeres africanas*, Barcelona, 1999.

³⁹ Barba, L.: *El futuro de la agricultura*, Barcelona, 1999.

tiempo que se desarrolla un amplio intercambio comercial entre los propios países del Sur. Es éste un aspecto fundamental para el crecimiento de esos pueblos: dejar de mirar y de depender del Norte y desarrollar la cooperación entre los países de las diversas áreas geográficas llegando a establecer «mercados comunes» y proyectos de desarrollo armónicos y compensados.

Hay que afirmar que África todavía está relativamente subpoblada, en relación con otros continentes; y que es hora de dejar de considerarla como la «reserva ecológica y el pulmón de la humanidad». Cada palo debe de aguantar su vela y todos debemos cooperar en la equitativa distribución de las cargas y de los beneficios en el, tantas veces demagógico, tema de la conservación de los Parques naturales para las especies animales salvajes. Dentro de su incuestionable conveniencia, precisa de garantías en su planteamiento, en su gestión, y en la participación en los beneficios por parte de las poblaciones afectadas. No cabe aceptar, sin más, la declaración de «especies protegidas», por parte de organismos controlados por países del Norte que no han sabido proteger ni sus espacios ni sus especies y continúan contaminando sus bosques, sus ríos, sus costas y la capa de ozono del planeta Tierra para poder disfrutar de safaris fotográficos o cinegéticos, «porque pueden pagárselos», mientras las poblaciones de esas zonas son empujadas hacia tierras menos fértiles sin participar, como les corresponde, en la gestión de sus recursos. Ni cabe admitir la extensión agrícola en zonas tradicionalmente ganaderas porque convenga a intereses foráneos que las necesitan para producir productos convenientes para sus mercados. Sin caer en demagogias ni en reduccionismos simplistas, hay aquí un campo amplísimo de posibilidades que no se tuvieron en cuenta cuando el único criterio era la mayor rentabilidad para los colonos y las potencias dominadoras que, todavía, emplean el horrrisono concepto de «explotación de los recursos naturales». Quien acepte la «explotación» de los recursos naturales acabará «explotando» con toda naturalidad los llamados «recursos humanos». Los seres humanos nunca podrán ser considerados como «recursos» que inciden en los precios. Esto es una aberración. El mercado nunca podrá ser sinónimo de una auténtica libertad sino respeta la dignidad de las personas, si ejerce la violencia. Esto es, si viola la dignidad humana⁴⁰.

Existen posibilidades inéditas e inconmensurables en el campo de la agricultura, de la ganadería, de la caza y de la pesca, del desarrollo y la promoción de industrias conserveras, lácteas, de transformación y de manufacturación sobre el terreno que aportarán empleo, mejora de los rendimientos, escalonamiento y complementariedad de las producciones, distribución de los beneficios, conservación de los recursos, etc., hasta proyecciones inimaginables, pero posibles; puesto que técnicamente lo son y los problemas ya están resueltos, basta aplicarlos con un criterio generoso, técnicamente válido, profesional y con criterios de productividad, modernos y ecológicos a la vez. Y hasta con criterios de interés particular, como preconizan los neoliberales, ya que está en

⁴⁰ George, Susan.: *Obras completas*.

juego la supervivencia de la especie humana: ahora tenemos conciencia y datos ciertos para afirmar que vamos en el mismo barco. No cabe disfrutar en primera clase mientras hace agua a chorros el casco de la nave.

EN EL UMBRAL DE LA UTOPIÍA

Recuerdo que cuando inicié el viaje reflexioné en el avión sobre multitud de datos que me mantuvieron medio confuso durante las siete horas del trayecto. Aparentemente sereno, aunque por dentro bullían todas esas ideas y muchas más sobre África, me dejé llevar por esta idea: Todo es un juego, lo malo es que a muchos les toca siempre perder. No puede ser cosa del karma ni del destino ni de la suerte. Mucho menos de una pretendida divinidad injusta y no ciega, porque siempre les toca padecer a los mismos.

Podríamos señalar tres posibilidades de ayuda por parte de la comunidad internacional, que pueden sonar a utópicas, pero que las asumimos en el sentido de que «utopía es lo que no existe en ningún lugar... todavía». O como decía Víctor Hugo «una verdad prematura». Eso porque no debemos soñar con un hipotético Plan Marshall ya que podría llevar a una dependencia todavía mayor y, desde luego, catastrófica por sus efectos estructurales en los pueblos y sociedades de África respecto de las economías de los países industrializados del Norte. Además, en esto de considerar como utópicas ideas que luego los hechos confirmaron factibles, y a mucho menor costo de lo temido, ahí están las innumerables realidades que la misma historia nos muestra: durante milenios, muchas civilizaciones consideraron que el mantenimiento de su poder económico, social, militar y hasta religioso, sería imposible sin la existencia de la esclavitud. La sociedad se vendría abajo en un colapso total. Baste mirar lo sucedido en las diversas áreas y civilizaciones del mundo que ni Aristóteles ni Budha, ni Zoroastro ni Confucio, ni Séneca ni Pablo de Tarso, acertaron a imaginar cómo podría subsistir un mundo sin esa lacra que hoy nos parece abominable. Desapareció la esclavitud y nada se vino abajo sino que el mundo y las sociedades prosperaron.

Durante milenios se mantuvo el sistema de castas y el predominio de unas razas sobre otras aduciendo la inalterable situación y la necesidad absoluta de esos sistemas que hoy hemos comprobado que eran monstruosos e innecesarios, además de vejatorios e inhumanos. La Edad Media sostuvo durante mil años que los siervos eran distintos a los estamentos de la nobleza, del clero y del mismo pueblo; se habló, y hasta se defendió teológicamente, del «derecho divino de los reyes», así como la infalibilidad de algunos líderes religiosos cuya misión, en origen y constitutiva de su entidad, era el servicio y la entrega a los demás... ¿Quién podría hoy atreverse a sostener el sistema del llamado «antiguo régimen» barrido hace siglos del mundo civilizado? En pleno Renacimiento europeo, sesudos teólogos llegaron a dudar que los negros tuvieran alma, tal y como, en la Edad Media, no pocos se habían aventurado a ponerlo en duda en

cuanto a las mujeres. Teniendo en cuenta lo que en la mentalidad aristotélicotomista venía a significar ese concepto de «alma», uno se llena de pavor ante la ligereza y, según ellos, «trascendencia» de semejante hipótesis. En algo tan natural como es la sexualidad no hay más que leer el profundo estudio de la teóloga católica Uta Ranke-Heinemann, «Eunucos por el Reino de los cielos», editado en Trota, para comprobar con que aberraciones y torturas psíquicas ha padecido un tercio de la humanidad⁴¹.

Podríamos continuar recordando la «imposibilidad» para el hombre de navegar bajo el mar o de volar por los aires, de llegar a la luna o de mirar dentro del cerebro humano, o de transplantar órganos tan vitales como el corazón. ¿Para qué seguir? Baste recordar que, no hace más que unas décadas, parecía inevitable la escalada nuclear; todavía vive uno de sus más grandes mantenedores, el expresidente norteamericano Ronald Reagan. Un mundo sin armas atómicas se consideraba «una utopía»; bastó que se pusieran de acuerdo los responsables del poder político que mueve el mundo, sobre todo los más antagónicos, asesorados por los científicos más solventes y sostenidos por los poderes económicos que necesitan del mercado para sobrevivir, tanto como el pez necesita del agua, para que, en menos de diez años, se destruyeran arsenales nucleares que habían costado billones de dólares y cuyo mantenimiento y expansión no conocían meta. ¿Qué había ocurrido? Que un puñado de personas atendieron a las advertencias de los científicos sobre el suicidio colectivo a que nos abocaba semejante locura nuclear; aunque para ello tuvieran que modificar, de arriba abajo, el sistema político de bloques llegando hasta a la eliminación de uno de ellos sin derramar ni una gota de sangre. Este argumento sigue en pie a pesar de las recientes pruebas nucleares de India y Pakistán que no son más que pantallas de otros intereses más globales, aunque sus consecuencias las padezcan, como siempre, millones de seres inocentes.

En África se dice: «Cuando pelean los elefantes quien padece es la hierba». Lo mismo puede suceder, y con un coste infinitamente menor, con la deuda externa de los pueblos empobrecidos del Sur. Bastará con que los centros de poder que dominan el mundo caigan en la cuenta de que es más rentable que los ciudadanos sobrevivan y participen en la economía mundial, hoy inevitablemente globalizada. Los muertos no son rentables ni sujetos de operaciones económicas, salvo para los enterradores y, aún así, se necesita que sobrevivan los que se van a hacer cargo de los gastos del entierro, y que ocupen los puestos de los que desaparecieron. Dice Manuel Castells que la globalización es un nuevo fenómeno histórico, permitido e impulsado por las nuevas tecnologías de comunicación e información, y que está transformando nuestras sociedades y nuestras vidas. Aunque la mayor parte de la actividad económica es de ámbito nacional y, sobre todo, local, el núcleo básico de la economía, el que marca los ritmos y orientaciones de inversión y mercados, es global. Es decir, tiene la capacidad de funcionar cotidianamente como una unidad en un ámbito planetario,

⁴¹ Ranke-Heinemann, U.: *Eunucos por el reino de los cielos*, Madrid, 1994.

a través de sistemas de información telecomunicados y de redes de transporte informatizadas. Sobre todo, los mercados financieros y monetarios están globalizados, en la medida en que existe la posibilidad de invertir, casi desde cualquier lugar del mundo, en valores o monedas de cualquier otro lugar, trasladando electrónicamente miles de millones de dólares en segundos⁴².

En el mercado monetario, a diario, se cambian divisas por valor de 1'3 billones de dólares, o sea, más o menos el producto bruto total de Francia. Mientras que el total del intercambio de bienes y servicios, durante todo el año, no superó los 7 billones de dólares en el mundo entero. Pero también los flujos de capitales se han globalizado extraordinariamente en la última década. En 1980, los flujos financieros internacionales que afectaban a las economías de los siete principales países no representaban, en ninguno de estos países, más que el 10 por ciento de su producto bruto. A mediados de los noventa, en seis de esos siete países, el valor de los flujos financieros internacionales superaba con creces el valor del producto de sus economías, y en Japón, la excepción, alcanzaba el 75 por ciento.

Es cierto que la mayor parte del capital de cada país aún se invierte en los mercados bursátiles nacionales, pero ello no contradice el hecho de que los fondos de inversión y los grandes inversores busquen oportunidades de rentabilidad en el ámbito global, moviendo sus fichas de modo constante. De modo que nuestros ahorros, aunque los depositemos en una caja local, están vinculados a inversiones que esa caja hace en circuitos financieros internacionalizados. Hoy día, del total de lo que se comercia internacionalmente en el mundo, el 97 por ciento corresponde a valores financieros y sólo un 3 por ciento a bienes y servicios.

El comercio internacional ha aumentado más rápidamente que la producción en las tres últimas décadas. Pero más importante aún que el comercio es la inversión. La inversión extranjera directa se multiplicó por 4 entre 1980 y 1996. El número de empresas multinacionales aumentó desde 7.000, en 1970, a más de 37.000 en la actualidad, que controlan otras 150.000 empresas filiales en el mundo. El valor total de esa producción multinacional representa un 25 por ciento más que el valor total del comercio mundial. Las multinacionales sólo emplean directamente a 70 millones de trabajadores, pero la producción de éstos representa una tercera parte de la producción empresarial en el mundo. Más aún, estos miles de empresas multinacionales articulan redes de decenas de miles de otras empresas y constituyen alianzas estratégicas entre sí y entre sus filiales. Esta estructura en red flexible explica por qué la mayor parte de la producción, empleo y mercado es local, pero en cambio los capitales, mercados líderes, tecnología, información y mano de obra altamente cualificada dependen de conexiones globales. La globalización también incluye la globalización de la actividad criminal, a través de alianzas y operaciones conjuntas de las organizaciones criminales de todo el mundo. El dinero criminal (casi un billón de dó-

⁴² Castelles, M.: *La Era de la información*, Madrid, 1997.

lares anuales) se mueve constantemente para evitar la detección de su origen, exacerbando así las turbulencias de los mercados financieros. Sus principales campos de actividad son la droga, el comercio de armas, la especulación inmobiliaria, la extorsión... pero se mueven en todos los campos para diversificar sus riesgos y camuflar mejor sus delitos. Para ello cuentan con la connivencia de no pocas instituciones bancarias que les animan a invertir en negocios de su interés, salvándolos de la ruina, muchas de ellas producto del enriquecimiento ilícito de sus dirigentes, mientras tratan de aparecer ante la opinión pública como los grandes mecenas de nuestro tiempo.

Todos los ámbitos esenciales de nuestra vida están penetrados por la globalización. A saber, la ciencia y la tecnología, los medios de comunicación, los servicios financieros, los profesionales cualificados, el arte, el turismo, la música, la cultura, el deporte, la religión, que desde siempre fue transnacional. La globalización afecta a todo el planeta, pero no todo el planeta está incluido en el sistema global. ¡Ya lo quisieran África, Latinoamérica y el resto de pueblos empobrecidos del Sur! En realidad, la mayor parte de la gente no lo está; se conecta globalmente aquello a lo que se da valor y se desconecta lo que no interesa. La desconexión selectiva no sólo afecta a África o a las inmensas áreas rurales de Asia, sino a los jóvenes parados de nuestras megaurbes⁴³.

La globalización tiene enormes consecuencias prácticas para todos y para cada uno. La primera es que tiende a igualar, en términos relativos, las condiciones de producción —y, por tanto, las condiciones de trabajo y los salarios—, en la medida en que los niveles de productividad y calidad entre distintos países se aproximan rápidamente por la difusión de tecnología e información, al tiempo que los mercados se unifican y liberalizan. Entonces, argumenta Castells, o bien se construye un nuevo modelo social y económico, o, en las condiciones actuales, sólo un pacto social global que relacione apertura de mercados y mejora de condiciones de trabajo para todos, tal y como propone la Organización Internacional del Trabajo, puede evitar una decisiva pérdida de competitividad para la misma Europa y, a medio plazo, la puesta en cuestión de nuestras instituciones laborales y de seguridad social... que presentamos como paradigmáticas a los infaustamente denominados «países en vías de desarrollo».

La segunda consecuencia es que los Estados nacionales son incapaces de controlar los flujos financieros y monetarios que determinan sus economías, así como los flujos de información, la comunicación mediática y la multinacional del crimen. En Europa, la construcción de la Unión Europea es un intento de acumular influencia conjunta para controlar los intercambios mundiales. Pero en la medida en que para crear esa Unión —simbolizada por el euro—, hay que empezar por homogeneizar las economías en torno al rasero de los mercados globales, en último término la integración europea se convierte en instrumento de la globalización. La globalización es un hecho y salvo un improbable retor-

⁴³ Cfr. *Geopolítica del caos*, VV. AA., Madrid, 1999.

no a comunidades autosuficientes —supuesto no tan descabellado, como la historia demuestra que ha sucedido después de las caídas de los grandes imperios— no podemos escapar a su lógica inscrita en las redes informáticas que arquitecturan nuestras vidas. No hay otro remedio que caminar en las encrespadas aguas globales, aprendiendo a sortear sus torbellinos y aprovechar sus vientos. Sabiendo que ya no podemos contar con Estados nacionales obsoletos y defensivamente agrupados en carteles poco operativos, que los sindicatos de la era industrial bastante tienen con sobrevivir —mientras no bajen la guardia porque, en USA y en el resto del G8, ya se han convertido en auténticos centros de poder económico sujetos a los vaivenes de las bolsas—, y que las empresas viven al día, pendientes de los mercados financieros.

Por eso, como dice Castells, es esencial para esa navegación ineludible y potencialmente creadora, poder contar con una brújula y con un ancla. La brújula: educación, información, conocimiento, tanto a escala individual como colectiva. El ancla: nuestras identidades. Saber quiénes somos y de dónde venimos para no perdernos a donde vamos. Si en este «nuestras» incluimos las de todos los pueblos del planeta que agrupan a personas con idénticos derechos que los de los países del Norte rico e industrializado, entonces, nos sumamos a la reflexión. Hagamos entre todos una sociedad plural, que coordine los esfuerzos de las múltiples comunidades y optimice los esfuerzos para mejor distribuir los beneficios. Que es posible nos lo demuestra la Unión Europea en cuyos territorios, no hace siquiera cincuenta años, se despedazaban millones de seres en nombre de nacionalidades exacerbadas y obsoletas por ideologizadas. A punto estuvimos de un conflicto nuclear entre dos bloques que hoy buscan cómo ayudarse para convivir cuando, no hace más de diez años pusieron en peligro la misma existencia del planeta Tierra con la locura nuclear. Así denominaremos dentro de poco, si nos dan tiempo, al actual desastre de contaminación ambiental y al sistema de explotación de la naturaleza a la que se considera como generadora de «recursos», en una concepción más bárbara y letal que la proscrita de los denominados salvajes africanos. Como me habría de decir un guarda negro mozambiqueño, en el amanecer de un día inolvidable en la Ilha da Inhaca: «*O impossivel acontece*». No se trata de futurismo alguno, sino de la aplicación de una lógica elemental sin excesivas extrapolaciones:

Cierto que cabe una ayuda, aunque sólo sea por la vía de la reparación —en estricta equidad y justicia—, pero pudiera ser que la mejor manera de «ayudarles» eficazmente fuera retirándonos y reconociendo su mayoría de edad y la capacidad para relacionarse con otros países y con otros modelos de desarrollo económicos distintos de los africanos en términos de igualdad. Que eso es la co-operación: o se da entre iguales o es un mito que enmascara otras realidades inconfesables pero que tienen nombre, y que no dejaremos de denunciar en sus efectos para no contribuir a la institucionalización de sus causas. Recordemos lo que el presidente de Tanzania, Julius Nyerere, le respondió a un atónito representante de una organización humanitaria cuando éste le preguntó en qué sectores podrían aplicar su ayuda económica: «Utilicen ese di-

nero para que en su país conozcan mejor nuestra realidad y la del resto de los países africanos»⁴⁴.

Para comenzar, habría que cancelar la deuda exterior de todos los países de África que se aproxima a los 325.000 millones de dólares y que, en su mayor parte, pertenece al Banco Mundial, al Fondo Monetario Internacional y a otras entidades bancarias occidentales... así como a particulares que participan en el «mercado de la deuda externa». Por terrible que parezca, es técnica y financieramente posible que organizaciones criminales sean titulares de enormes partidas de la deuda de aquellos países empobrecidos que más convenga a sus intereses o a los de las entidades bancarias que quieran deshacerse temporalmente de algunas de esas partidas. ¿Qué duda cabe de que el mercado de la deuda externa es un terrible instrumento para el blanqueo de dinero? Miles de millones de dólares pueden estar cambiando de mano en función de las necesidades de organizaciones criminales que se sirven de su cobertura para el entramado de la droga y del criminal mercado de armas, precisamente con los países nominalmente deudores. Es preciso seguir esta pista hasta el final con todas sus consecuencias. Tengo para mí que algo de esto hay en el reciente escándalo bancario con las cuentas «dormidas» en Suiza pertenecientes a víctimas del holocausto, y estoy seguro que, en mayor medida, a jerarcas nazis que, como no pueden reclamar nada, van a engrosar por esta maniobra los activos de los bancos mediante la más espectacular operación conocida de blanqueo de dinero, más que negro, ensangrentado⁴⁵.

Esta Deuda nunca podrá ser pagada y, mientras tanto, el servicio de la misma, o sea el pago de los intereses anuales que genera, obliga a los Gobiernos a recurrir a nuevos préstamos para poder hacerles frente. Es una espiral absurda que consume la renta nacional de la mayoría de esos países mientras que, en el resto, ese servicio de la deuda es netamente superior al presupuesto dedicado a Educación y a Sanidad, por poner ejemplos claves de las partidas esenciales para la recuperación de esos pueblos. Cualquier persona, por poca preparación económica que tenga, comprenderá el peligro de desmoronamiento y de atraso, cuando no de caos, en una sociedad en la que la sanidad no funciona y la educación se yugula por las exigencias monstruosas del pretendido «ajuste económico» impuesto por el FMI. Ciertamente «ajustan», como hacía Procusto con sus víctimas: las tendía sobre un lecho de hierro y las «ajustaba» estirándoles los miembros o cortándoselos si sobresalían. Fue muerto por Teseo al igual que el monstruo Minotauro. Quizá se trate de eso: si no hay arreglo posible habrá que actuar en consecuencia. Con los monstruos no se dialoga porque suelen ser sueños de la razón.

Otro ejemplo de efectividad práctica: si en un país eliminamos a todos los enfermos terminales, a todos los crónicos, a todos los deficientes físicos o psíquicos, a todos los criminales, a todos los presos, a todos los drogadictos, y, en

⁴⁴ Bastardes, C.: *¿Qué futuro para qué cooperación?*, Madrid, 1999.

⁴⁵ Sampetro, J. L., y Berzosa, C.: *Conciencia del subdesarrollo 25 años después*, Madrid, 1996.

general, a todos «los improductivos», se podrían enderezar, de qué modo y a qué velocidad, las economías de no pocos países. Por eso no hemos incluido a la prostitución, a los narcotraficantes ni a los fabricantes de armas, de alcohol, de tabaco, de productos de contaminantes que agreden el medio ambiente, ni a los publicistas que nos crean necesidades alienando a las poblaciones en un frenético consumismo... pero que son «productivos». Si alguien piensa que exagero podríamos dedicar un curso académico a exponer, con datos concretos y ejemplos apabullantes, que lo que precede no es una extravagancia sino una terrible realidad llevada a cabo bajo uno u otro eufemismo. Y esto sin tener que acudir al tópico del holocausto nazi, al apartheid sudafricano, al racismo israelita, a las matanzas japonesas, a los genocidios turcos, o al bien reciente de Pol Pot, o al exterminio de indígenas en Norteamérica, o a las bombas de napalm en Vietnam, ni al «expediente rápido» de Truman «para acabar la guerra» dando orden de arrojar bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagashaki, ni a las deportaciones estalinistas de pueblos enteros, ni a los bombardeos de ciudades libres como Dresde o Colonia llevados a cabo por la RAF, ni a los recientes genocidios de los tutsi por los hutu y viceversa, ni a las masacres de Liberia y Sierra Leona...

Estamos ante un caso de fuerza mayor en el que la supervivencia de una sociedad se antepone a los derechos adquiridos de la propiedad privada. Por lo tanto ¿a qué engañarnos? Como decía el torero Rafael el Gallo «lo que no puede ser, no puede ser y, además, es imposible». Es cierto que, en antiguas legislaciones, a quien no pagaba se le podía cortar algún miembro de su cuerpo o tomar al deudor o a los miembros de su familia como esclavos. Tendremos ocasión de comprobar como todavía existe algo de esto en algunos lugares, bajo formas encubiertas, y sin tener que recurrir al conocido rigor de la Sharia. Cuanto antes se corte esa espiral de préstamo, intereses, nuevos préstamos, recortes, más intereses... antes estaremos en camino de que esos países puedan emprender o avanzar en su recuperación y progreso. Algunos como Sudáfrica, Kenya y Uganda, Nigeria, Ghana, Togo y Costa de Marfil, Botswana, sin olvidar a Namibia y a Marruecos. Aparte de Argelia, a pesar de la monstruosa matanza perpetrada por elementos fundamentalistas sin duda azuzados desde el exterior y por el Ejército, están dando ejemplo de que son capaces de emprender la reconstrucción a poco que se les ayude en el escalonamiento o reconversión de sus pagos, al tiempo que se incentivan sectores productivos con recursos endógenos y sostenibles.

Mientras se procede a cancelar la deuda, una Comisión Internacional de la mayor profesionalidad e independencia deberá proceder a la inspección, denuncia, juicio y reparación por la apropiación indebida, criminal y fraudulenta que personas e instituciones nacionales y extranjeras han llevado sistemáticamente a cabo con los fondos concedidos. Caiga quien caiga, desde las más altas instituciones del Estado hasta los bancos nacionales y los intermediarios extranjeros. La deuda externa en todos los países del Sur jamás hubiera alcanzado su exorbitado monto sin la prevaricación, robo, malversación y toda

clase de fechorías de guante blanco de muchos de sus corrompidos dirigentes. Y como quiera que muchas de esas actividades criminales no se hubieran podido llevar a cabo sin el contubernio de los mismos bancos y de los funcionarios de las entidades crediticias y Agencias Internacionales, que sabían que esas tremendas «comisiones» no eran más que extorsiones, robos y delitos perseguidos en todas las legislaciones del mundo, pues que empiecen a pagar los mayores responsables. Y si a alguien le escandaliza y dice que no es posible llevarlo a cabo, piense que estamos ante algo peor que los crímenes de guerra, que no prescriben, estamos ante un genocidio continuado, programado y consciente de millones de seres víctimas de la rapiña y de la avidez criminal de unos cuantos.

Al tiempo que se toman estas medidas, es preciso impulsar la industrialización en todos estos países, de acuerdo con sus características y deseos, para que puedan manufacturar sus materias primas, conservar sus alimentos, exportar sus excedentes en condiciones de mercado sin intermediarios abusivos, desarrollar un mercado horizontal entre los propios países de África, producir lo que consumen y dejar de importar los productos que ellos puedan fabricar, adaptarse a planes de producción de amplias zonas regionales para equilibrarse en la satisfacción de sus necesidades, cooperar en la producción más eficaz complementaria, participar en las redes de transporte para impedir la extorsión continuada a que están sometidos debido al monopolio de muchos carteles de transporte marítimo.

Un tema que es preciso asentar desde el principio es que el modelo de desarrollo de los países del Norte no sirve para ser aplicado, sin más, a los pueblos de África. Así, de entrada. Porque ese modelo «paradigmático» está asentado en la explotación sistemática de los recursos naturales de los pueblos empobrecidos del Sur. ¿A quién van a explotar ahora los pueblos del Sur para mantener en marcha esa infernal bicicleta? Ni el sistema de economía centralizada practicada actualmente por Egipto, Libia y Argelia, entre otros, sin recordar ya los fallidos experimentos de un tipo de socialismo propio de África intentados en la Guinea-Conakry de Sékou Touré, la Tanzania de Nyerere, así como el Congo, Somalia, Etiopía, Benin y Madagascar a las que siguieron Angola y Mozambique y la antigua Rhodesia rebautizada Zimbawe. Ni tampoco el obsoleto sistema de un liberalismo económico como el aparente de Kenya, Costa de Marfil o Senegal. (Siempre hay que tener presente que, en Occidente, la nación es la que ha formado al Estado mientras que, en África, ha sucedido al revés). Por lo tanto, sus líderes políticos, sociales y hasta religiosos, formadores de la opinión pública y en las propias universidades y Escuelas Superiores, con ayuda de todos los medios técnicos a su alcance, deben promover una nueva cultura de la solidaridad, de la participación, de la autosuficiencia en las necesidades básicas, de la autonomía al tiempo que la cooperación en el contexto del mencionado sistema reticular de entrea ayuda regional ⁴⁶.

⁴⁶ Nerin, G.: *Las masas africanas y la cultura de masas*, Barcelona, 1999.

Otro aspecto que levantará ampollas con sólo enunciarlo es el de suspender las ayudas exteriores a los estados africanos. Salvo en caso de emergencia por una catástrofe natural o la puesta en marcha de un plan de saneamiento o de mejora de infraestructuras en una zona que afecte a varios países: presas, embalses, canalización, reforestación, desalinización de aguas, lucha contra la erosión, repoblación de lagos y de ríos, erradicación de plagas endémicas como la mosca tsé-tsé, el paludismo, la bilharzia, la tuberculosis, etc. Esa ayuda extranjera sistemática, que ha llegado a representar el 50 por ciento de algunos presupuestos generales como en Tanzania o en la República Centroafricana, ha servido muchas veces para sostener regímenes dictatoriales, corrompidos y endogámicos, bajo el pretexto de conservar la paz en la zona. Se acabó la guerra fría y la política de bloques. Que se retiren las potencias extranjeras y que transformen sus ayudas para compensar y convertir la deuda arriba mencionada. Hay millones de dólares que los países del norte de Europa, la misma Unión Europea, el Canadá, Japón y otros muchos envían a diversos países de África, muchas veces, para que puedan emplear sus riquezas naturales en el pago de los intereses de la deuda. Parece absurdo y hasta de Perogrullo, pero cuando se estudian los disparates que se han sostenido a lo largo de la historia bajo el manto de tabúes, mitos religiosos, tradiciones, costumbres, castas sacerdotales, militares o de toda laya, dinastías de origen sagrado, ritos de iniciación o de purificación por el fuego, ordalías sangrientas, tribunales como el de la Inquisición con sus crímenes jamás prescritos, los abusos de la nobleza con las múltiples variantes del derecho de pernada, el poder de los señores sobre los siervos, de los colonos sobre los nativos, de los clérigos sobre los laicos, de los ocupantes sobre los conquistados... Podríamos recordar miles de ejemplos monstruosos utilizados en nombre de la religión, de la civilización, de la raza, del destino, de la misión evangelizadora y de la cultura desde el lejano Oriente con China, Japón e India, los kjemerres, hasta el Oriente Medio con las castas sacerdotales, de escribas y de guerreros, los faraones y reyes por la gracia de los dioses, los zares y emperadores con sus acólitos que «hicieron leyes do quisieron reyes» y que antepusieron el poder, la economía y el triunfo a toda otra consideración humanitaria, de derecho natural y de justicia.

Toda la conquista en Oriente como en América del Norte y del Sur, en África como en el Este de Europa por los teutones, por el Islam o por las hordas de turno se ha llevado a cabo por la espada, la sangre, el exterminio de pueblos enteros, la esclavitud, las deportaciones en masa, la explotación, la sumisión a un poder central extranjero y tiránico. Muchas veces, por desgracia, con la ayuda de los ulemas, de los misioneros y de los jerarcas religiosos de turno que llegaron a sostener, bajo pena de fuego terreno y eterno, que esa era la voluntad de dios que se manifestaba en el tiempo y en la historia por medio de la hegemonía de éste o de aquel pueblo. Felizmente, esos dioses han muerto y bien muertos están. Como heridos de muerte están los postulados capitalistas, apoyados en sofismas neoliberales, o los imperialismos de corte marxista, apoyados asi-

mismo en mesianismos fundamentalistas como el judaísmo internacional o el Islam o los grupos de presión que tratan de imponer concepciones de la vida y conductas inhumanas basadas en el tener y no en el ser, en modelos de sociedad alienantes y en consumismos compulsivos y suicidas. El mundo, felizmente, se ha vuelto abordable gracias a la revolución mediática y a la informatización imparable y, paradójicamente, posible instrumento para la liberación de las personas y de los pueblos.

Así, pues, suspender la ayuda sistemática exterior a los regímenes políticos de África que fomenta la corrupción, la imposición de un modelo de desarrollo, que contribuye a la elephantiasis de las ciudades en detrimento de las comunidades rurales provocando éxodos de millones de personas víctimas de espejismos que, después, se traducen en desempleo, en pérdida de habilidades, en frustración, en criminalidad, en drogadicción y en toda suerte de deshumanización de seres hacinados en las terribles villas miserias, en los slams, en los jacales, en las favelas y bidonvilles, que llevan a la mayor de las pobrezas: la de aquellos que no sólo no tienen comida ni sanidad ni cultura ni dignidad, sino que llegan a ignorar que son personas humanas.

La tercera cosa que podríamos hacer los países occidentales para ayudar a los pueblos de África es imponer un embargo de armas absoluto. Que ningún país miembro de la OCDE, ni siquiera países miembros de las Naciones Unidas, pueda vender arma alguna a estados africanos bajo amenaza de las más severas sanciones. Que las fábricas de armas se dediquen a hacer arados y bienes de producción y no de consumo. Es posible esta Utopía sólo con que nos lo planteemos claramente como se ha hecho en las Cumbres Mundiales de Desarrollo en Copenhague y lo denuncian y lo explican con todo género de detalles los Informes del PNUD, de la OMS, de UNICEF, de Amnistía Internacional, de Cruz Roja y de tantas Organizaciones humanitarias públicas y no gubernamentales. Es posible tan sólo con despojarnos de la careta de la hipocresía que hace que, por una parte, vendamos armas y todo género de material de destrucción y, por la otra, ofrecemos las ayudas para el desarrollo a fin de reconstruir los puertos, las carreteras, los hospitales, las escuelas, los puentes y los edificios calcinados por las armas que vendieron con créditos blandos o con Fondos de Ayuda para el Desarrollo a unos y otros países.

Es preciso terminar con esta hipocresía monstruosa, denunciarla sin cesar y oponerse a ella con todos los medios, hasta con la desobediencia cívica, (y hasta con el asalto a los depósitos de armas e incendiarlos, como se hace con los alijos de drogas, pero en serio y no quedándose con una parte de lo confiscado para las guerras ocultas entre grupos de poder) y negarnos a pagar impuestos en los países que fabriquen armas o minas o material bélico de cualquier tipo. Una vez más: no estamos ante una Utopía. Peores eran la esclavitud, el exterminio de los indígenas de América, las guerras santas islámicas o las cruzadas cristianas, las guerras de religión, el racismo, la castración de los niños cantores para la Escolanía del Vaticano o destinados a los harenes, o la inevitable escalada nuclear que llegó a acuñar términos tan monstruosos como «paraguas

atómico» que los medios de comunicación propagaron sin el menor rubor. Hay expresiones que deberían ser abortadas in radice.

África ha sido inundada de armas durante la colonización y después de las independencias: durante la guerra fría que hizo de África el campo de batalla de las potencias enfrentadas siempre por intereses económicos, o de seudosoberanía como el famoso «imperio informal» de Inglaterra en el siglo XIX sobre medio mundo, hasta que Francia, Alemania y Bélgica les obligaron a definirse por medio de Jules Ferry, del Canciller Bismarck y del nefasto rey Leopoldo. Las guerras civiles, los golpes de estado, las dictaduras militares, los regímenes de partido único, las oligarquías que servían a intereses extranjeros y al enriquecimiento de sus clases dirigentes, de sus clanes y de sus etnias, han conducido a enfrentamientos genocidas y, al mismo tiempo, suicidas. Repásense, aunque sólo sea a efectos terapéuticos para que se conviertan en profilácticos, las largas series de víctimas en el Congo-Zaire, Uganda, Somalia, Etiopía, Liberia, Sierra Leona, Angola, Mozambique, Sudáfrica, Ruanda, Burundi, Zaire. El más terrible azote de los pueblos de África no es el hambre ni las epidemias sino sus dirigentes, los intereses económicos extranjeros y las fuerzas militares o paramilitares.

Algunos agoreros, no sin personales intereses, se apresurarán a vaticinar el colapso de África si desaparece la ayuda externa. Dicen que caerán en una economía de subsistencia. Bueno, ¿y qué? ¿Acaso, antes que seguir pudriéndose en los terribles morideros de los slams de las grandes ciudades, no es mejor labrar las tierras, cuidar ganados, desarrollar la industria pesquera, tejer su hilo, su algodón y su lana, construir sus viviendas, abrir escuelas, formar promotores de la salud, desarrollar el arte y el artesanado, fomentar la participación de toda la población mediante el aprendizaje de habilidades, buscar energías alternativas, repoblar los bosques y vivir de ellos, fomentar el intercambio justo mediante un mercado supervisado por los representantes de las comunidades y no con cláusulas leoninas o asilvestrado, hacer embalses y presas para remansar las aguas y organizar piscifactorías comunitarias, ayudados en todo lo que precede por los avances científicos y tecnológicos cuyo conocimiento ya es patrimonio de la humanidad? ¿O vamos a tener que inventar de nuevo la rueda? ¡No seamos ingenuos!

Se trata de adaptar los avances conseguidos a las diferentes circunstancias y para eso, a pesar de lo que los interesados sostienen, los occidentales no somos imprescindibles. Desde Japón a muchos estados árabes, desde países del sudeste asiático hasta bastantes países de África y de Latinoamérica nos lo demuestran como indican magistral e inapelablemente los Informes sobre Desarrollo Humano del Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD) desde 1990 y lo ratificó la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social celebrada en Copenhague en 1996, en presencia de 117 Jefes de Estado y de Gobierno de todo el mundo. Dejemos a los africanos que busquen soluciones para sus propios problemas de acuerdo con su idiosincrasia. Cooperemos lealmente. No los induzcamos ni los presionemos ni les impongamos nuestros

modelos de desarrollo ni nuestras concepciones de vida, tan esquizoides por otra parte y tan contradictorias. ¡Ojalá que podamos hacer realidad aquel deseo de los padres honestos! «Querer a un hijo no es obligarlo a vivir con nuestras verdades sino ayudarlo a que sea capaz de vivir sin nuestras mentiras»

Hace tiempo que sostengo en mis clases que «una mentira jamás llegará a ser verdad por mucho que se repita, pero puede terminar por ser creída». Compruébese la dinámica de las más perversas ideologías que han determinado las vidas de millones de seres. Asimismo, y como la alienante y deshumanizadora publicidad demuestra cada día, «una proposición no necesita ser verdadera ni justa para que arrastre a multitudes hábilmente manipuladas»... como la historia nos demuestra en múltiples ejemplos que, a posteriori, nos parece inconcebible que hayan podido «triunfar» y esclavizar a millones de seres humanos. Así, también, debemos descartar el falaz argumento de que «los africanos sólo trabajan cuando se les obliga». Esto es falso. Lo que los africanos rechazan es trabajar forzosamente, sin sentido para ellos y sin ver recompensado adecuadamente su esfuerzo. Como todo el mundo. Lo que ocurre es que ellos llevan doscientos años de opresión de uno u otro signo. Tampoco los esclavos ni los siervos de la gleba ni los prisioneros de guerra en los campos de concentración, mostraban mucho entusiasmo ni tenían iniciativas, como tampoco lo hicieron los ejércitos de proletarios surgidos de la explotación industrial. Pero bien que demostraron saber hacerlo cuando se supieron al frente de sus destinos y pudieron utilizar instrumentos de presión, sindicatos, cooperativas, y sus representantes tuvieron acceso al Parlamento y a los órganos de decisión política.

Otro argumento falaz que se oye por todas partes en África en boca de los blancos y de algunos negros desclasados que han vendido su alma al diablo por una corbata o por unos zapatos con cordones —que todo hay que decirlo y reconocer que entre no pocos negros se encuentran hoy muchos racistas tan implacables como necios— que afirman: «los africanos todavía no están educados para la libertad». ¡Como si hubiera que educar a alguien para la libertad! La experiencia de la libertad es una educación y una formación en sí misma. ¿O a nuestros hijos no los reconocemos como libres hasta después de haber superado las pruebas de la educación en libertad? ¡Qué dislate! Dice con dolor y esperanza Peter Marshall: «El continente oscuro de los exploradores y misioneros del siglo XIX sólo era oscuro porque ellos fueron ciegos a la luz que brillaba desde el corazón de África» La jungla no es oscura para los pigmeos, sino sagrada y penetrada de una fuerza divina que da vida⁴⁷. La sabana no es un salvaje desierto para los pueblos pastores, sino su hogar en el que viven y mantienen sus tradiciones. Los africanos de todas las latitudes han crecido en la convicción de que la tierra no pertenece al hombre sino que éste pertenece a la tierra junto con los demás animales y plantas. Hay un hermoso proverbio que yo escuché de labios masai pero que comparten otros muchos pueblos africa-

⁴⁷ McLynn, F.: *Heart of Darkness*, London, 1992.

nos: «La tierra no es un regalo de los padres a los hijos sino un préstamo que los hijos hicieron a sus padres y del cual deberán dar estricta cuenta».

¡Pensar que durante los dos últimos siglos se describió a los africanos como salvajes, ateos o politeístas, según las conveniencias, supersticiosos y que practicaban la brujería y la magia negra! «mediante el animismo que es una oscura mezcla de todas las ignorancias y perversidades imaginables». Los modernos sociólogos, antropólogos, estudiosos del arte y de la cultura tradicionales, expertos en fenomenología de las religiones reconocen, con admiración y con respeto, que, entre los pueblos africanos, se encuentran enraizadas formas sublimes y muy evolucionadas de relación con la divinidad cuya presencia dinámica se encuentra en todo lo que existe y alienta y permanece y se muta... ¿Quiénes son los ignorantes? ¿Los que se postran con reverencia ante toda forma de vida y piden perdón al árbol antes de cortarlo o al impala antes de cazarlo o saludan la fuerza del león después de haberlo vencido en noble lid... o el que fabrica dioses de palo o de metal, hace chozas en donde coloca cajas para encerrar a sus dioses, declara alimentos puros o impuros y atribuye fuerza a elementos naturales manipulados por sus palabras y sus manos, condena el sexo como expresión de amor y esclaviza a los seres humanos con pretendidos tabúes amenazándolos con condenas a fuegos eternos en nombre de dioses terribles y ciegos? Son tremendas las conclusiones que se abren cuando haya que pedir perdón por el daño que se les ha hecho durante años, por el desarraigo que se les ha impuesto, por el odio que se les inculcó y los sentimientos de culpa que anidaron en sus conciencias en nombre de la civilización, el comercio y una sectaria evangelización que ignoró en la práctica el Evangelio de Jesús al no haberse encardinado y enraizado por miedo y por ignorancia de los responsables de sembrar tanta soledad, tanto miedo y tanta orfandad en seres que ancestralmente se sabían participantes de lo divino «donde vivimos, nos movemos y somos», en expresión del mismo San Pablo.

África tiene un gran pasado y un enorme potencial de futuro. Han superado la dura iniciación que reconoce su madurez para tomar parte en la comunidad y participar en sus decisiones. Los africanos saben del valor de la comunidad, de la pertenencia al grupo, de la generosidad, de la alegría, de saberse y ser miembros activos y dinámicos de la expresión de la divinidad en la tierra: por eso, ningún pueblo es capaz de celebrar como ellos la vida, la fiesta, la lucha y hasta esa expresión sublime y culmen de la vida, que es la muerte, en la que cantan y beben y danzan, lloran y ríen en comunión con todo lo que es y existe. Quien ha participado en las celebraciones de los africanos, en su canto a la vida, aún en la misma experiencia de la muerte, mira con los ojos de la esperanza hacia ese continente donde tuvo su origen la vida, se desarrollaron las civilizaciones, donde permanece la riqueza de la naturaleza en su expresión más auténtica, convencido de que la luz que brilla en su corazón será capaz de iluminar la oscuridad de muchos aspectos fundamentales del mundo moderno. Hay esperanza porque hay vida donde ha habido un dolor purificador que curtió a los coprotagonistas de un mañana que ya está en nosotros, en una huma-

nidad globalizada y que se expresará desde el seno de sociedades autónomas, libres, justas y que sabrán que en la cooperación solidaria está la prenda de la madurez y de la vida, mientras que en la opresión y en la explotación de unos pueblos por otros y en el sometimiento de unos hombres a otros anidan la decadencia, el dolor y la muerte.